

Del mismo modo como el interés por el polemista político, socialista y anti-imperialista, ha hecho descuidar el hispanismo de Ugarte, en Ricardo Rojas, su imagen de entusiasta de los elementos aborígenes, folklóricos y regionales, ha desdibujado la importancia de su hispanismo, es decir, de la configuración de su pensamiento por la influencia de las ideas hispánicas. Con excepciones como las de Alfredo de la Guardia o Payá y Cárdenas, quienes en sus estudios respectivos valorizan esta faceta del pensamiento de Rojas.

En efecto, Rojas, cuya conciencia lingüística y su vocación de escritor lo hicieron sensible al hecho capital de la lengua castellana, elaboró una teoría de la «argentinidad», como él decía, que se basaba en la tradición hispánica, de cuya fraternidad —nacida al calor del modernismo— participó cuando viajó a España en 1907 y descubrió su realidad humana, cultural y literaria.

El nacionalismo político y cultural, que se había difundido, en Europa, gracias al romanticismo y que favoreció la formación de las grandes nacionalidades modernas, en España tuvo una inflexión especial. Se revaloró el casticismo y se interpretaron los rasgos del carácter nacional en el marco de una crítica dura y amarga de los males —el atraso, la ignorancia, el cerrilismo xenófobo, el caciquismo— que habían llevado a España al fracaso como país.

A través del ensayo español —Joaquín Costa, Unamuno, Maeztu—, estas ideas se proyectaron a Hispanoamérica y en la Argentina fueron recibidas por quienes, como Ricardo Rojas, habían planteado una reivindicación de lo nacional que, si bien tenía raíces diferentes, coincidía con ese nuevo patriotismo, fincado en la valoración de la tierra, las costumbres y el arte propios. Era un nacionalismo empapado del universalismo liberal, si cabe esta paradoja, pero lo suficientemente vigoroso como para que los argentinos más sensibles a los mencionados peligros del cosmopolitismo y de la pérdida del carácter nacional recibieran, y aceptaran este nuevo ensayismo español.

En un texto publicado en 1908 afirmaba Rojas:

La República Argentina va en camino de perder su carácter nacional, y si de la fusión de tantos elementos extraños como los que han cambiado su sangre y su alma no resulta un tipo nuevo, tan característico y poderoso como el antiguo, podremos caer en la triste ralea de los pueblos híbridos y conquistables. Necesitamos, en una palabra, salvar el núcleo nacional para afirmar nuestra unidad histórica en el tiempo y definir nuestra fisonomía de nación en el espacio.⁸

1908 fue el año en que Rojas residió en España, en el curso de un viaje mayor por Europa. Habían pasado diez años desde la derrota de 1898 y se había clarificado el proceso de autocrítica nacional a que nos hemos referido. Comenzaría un período de conflictos políticos, pero España ofrecía un enorme interés desde el punto de vista intelectual: vivían las grandes personalidades del siglo XIX y se desplegaba el vigor juvenil de las nuevas promociones con las ideas ya esbozadas.

Rojas venía leyendo a los autores españoles de ese tiempo y lo prueba el libro que publicó en la famosa editorial Sempere, en 1907: *El alma española; Ensayo sobre la*

⁸ Ricardo Rojas, *Cosmópolis. París, Garnier 1908, pág. 36.*

moderna literatura castellana, con estudios sobre Blasco Ibáñez, Pompeyo Gener, Pérez Galdós, Baroja, Echegaray y Salvador Rueda. Obra que lo precedió a su llegada a España, donde hizo una experiencia decisiva en su formación y en su pensamiento. A su regreso, dedicó a las letras españolas una larga carrera universitaria, numerosas investigaciones, todo un libro consagrado a *Cervantes* en 1935 y, finalmente, *Retablo español* (1938), que contiene muchos de los ensayos escritos con motivo de aquel viaje, con reflexiones sobre la vida, la cultura y las letras españolas, expuestas con una originalidad y una profundidad que les aseguran vigencia permanente. A esta obra debemos referirnos para captar los rasgos principales de la influencia que el ensayo español tuvo en su pensamiento.

Rojas, en su viaje a España se autotituló «peregrino indiano»; se consideraba un «español de América», como nos llamamos en los tiempos de la grandeza imperial y pensaba que volvía al hogar de donde faltaba desde hacía siglos sin que hubiera perdido el hondo sentido de la estirpe compartida. Como precisaba emocionado, al explicar los motivos de su viaje: «Habíame llevado una necesidad de conocimiento y una apetencia de amor»⁹.

Rojas, pues, ya había leído a estos autores que reclamaban un conocimiento profundo del país, la comprensión de su realidad social y cultural, la reforma del egoísmo materialista y la afirmación de un ideal espiritual. Obras como *Los males de la patria y la futura revolución* (1890), de Lucas Mallada, *Idearium español* (1897), de Angel Ganivet, *El problema nacional* (1895), de Ricardo Macías Picavea, *Oligarquía y caciquismo* (1902), de Joaquín Costa o los famosos ensayos de Unamuno, que colaboraba en *La Nación* de Buenos Aires desde 1900 y que publicó, en 1902, *En torno al casticismo y Paisajes*, le eran familiares. También asimiló la obra y las ideas de Menéndez Pelayo, quien había troquelado los estudios hispánicos con métodos de investigación rigurosa y, sobre todo, con el planteamiento de una historia de la literatura engarzada en un proceso filosófico general, a través del cual se definía una personalidad nacional.

Su residencia española confirmó las esperanzas con que había viajado hacia el corazón de esa realidad hispánica, de la cual formaba parte entrañable. Además, al sumergirse en su pueblo, había advertido las posibilidades que ofrecía al progreso social el ascenso de una conciencia política, definida en formas diferentes pero complementarias, en hombres como Francisco Giner de los Ríos o Pablo Iglesias. Era «la modulación incipiente de un nuevo ritmo vital mental»¹⁰.

Aventó, definitivamente, el anti-hispanismo divulgado desde el siglo XIX por los prejuicios y la ignorancia de figuras que Rojas no titubeó en condenar, por más que las admirara en otros aspectos de su pensamiento: desde Echeverría y Gutiérrez hasta Sarmiento y Alberdi. Descubrió los antecedentes hispánicos que durante tres siglos engendraron la Argentina y comprendió que

Un europeísmo superficial, un concepto equivocado de la civilización, una idea más equivocada aún de nuestra propia raza y su destino habían deformado durante medio siglo la educación, la política y hasta el arte en nuestros pueblos. «...» España es

⁹ Ricardo Rojas, *Retablo español*. Buenos Aires, Losada, 1938, pág. 207.

¹⁰ *Ibidem.*, pág. 72.

parte y clave de América, en virtud de hechos históricos que no podemos suprimir; y América es la mejor atalaya para ver a España en su patética evolución.¹¹

La idea de que hay una historia profunda que transcurre soterradamente bajo las formas políticas y que, a veces, se encuentran y otras chocan con la índole auténtica de un pueblo, es recogida por Rojas de los ensayos de Ganivet y Unamuno, lo mismo que el ejemplo de Galdós reconstruyendo la historia de España a través de la literatura. La crítica de la clase dirigente —la oligarquía—, que desnaturaliza su país y desoye los anhelos populares, era otro de los mensajes de aquella España nueva y la lección de poetas y novelistas se completaban con el ejemplo de un Menéndez Pidal, que lo invitaba a acompañarlo en el rescate de las formas olvidadas del folklore hispanoamericano, aspecto que también importará mucho para la trayectoria de Rojas.

A su regreso de España, Rojas se consagró al ideario hispánico, adaptado a las condiciones de la realidad argentina, sin que por ello se desfigurara en lo esencial. Sus estudios históricos reivindicaron la importancia de las regiones provincianas y el valor del mestizaje cultural hispanoamericano y argentino. En sus clases, investigaciones y trabajos literarios se ocupó de las letras españolas y de apoyar la comprensión de la originalidad argentina en el conocimiento de toda la literatura española, del mismo modo como defendió la unidad y la propiedad del castellano, que nos hacía miembros de la familia de Cervantes y Quevedo y era el único camino hacia la universalidad. Hasta el atuendo retórico de su mensaje, en el cual la vibración lírica se une a la pasión del discurso político, tienen los mismos acentos de los ensayos de Maeztu o Unamuno, orientadores principales del movimiento ideológico hispánico. La historia de la literatura argentina que escribió se subtitula, a la manera de Menéndez Pelayo, «Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata» y *La restauración nacionalista* (1909), utiliza el mismo concepto difundido por Ganivet y muchos ensayistas del regeneracionismo español, como señalan con acierto Payá y Cárdenas, quienes otorgan toda su importancia a este aspecto de la personalidad de Rojas.

Este hispanismo fue una constante, y *Retablo español*, que resume la totalidad de este pensamiento, apareció, como dijimos, en 1938, en el momento de su alta madurez, como signo de una filiación decisiva.

Manuel Gálvez

La otra figura de la misma «generación del Centenario» fue la del novelista y ensayista Manuel Gálvez, a quien colocan Payá y Cárdenas como compartiendo la misma experiencia y revalorización de lo hispánico:

Uno de los elementos que caracterizó a Gálvez, Rojas y sus amigos del mundo de las letras fue su revalorización de la trascendencia que tienen España y su cultura en la vida y en el pensamiento americanos.¹²

¹¹ *Ibidem.*, pág. 341.

¹² Eduardo José Cárdenas-Carlos Manuel Payá, *El primer nacionalismo argentino: Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*. Buenos Aires, Peña Lillo, 1978, pág. 66.

Apenas recibido de abogado, joven y promisor escritor, Gálvez viajó a España en 1905 y, como Rojas, ya estaba empapado del nuevo ensayismo español. Profesaba cierto anarquismo juvenil y la fugacidad del viaje sólo le dejó algunas impresiones plásticas y sentimentales. Muy distinto fue su segundo viaje, en 1910, del cual regresó conmovido por una España que le revelaba tanto su filiación espiritual —había vuelto al catolicismo en 1907—, como su compenetración con las ideas y la realidad cultural y humana de España. De esta experiencia salió *El solar de la raza* (1913) y años más tarde, *España y algunos españoles* (1943), colección de textos publicados e inéditos sobre temas y escritores españoles. Pero Gálvez fue autor de una inmensa obra literaria, cultivó todos los géneros y frecuentó largamente los diarios y las revistas de la Argentina y Europa. Si pensamos que la comprensión y la valoración de lo hispánico fue uno de los ejes de su personalidad, comprenderemos que sería muy larga la mención de los lugares de dicha obra donde encontramos estas referencias. Sobre todo, porque a partir de cierta época se inclinó, decididamente, en favor de un nacionalismo cultural en el cual lo hispánico era un dato central. Algunos de sus ensayos, como «La filosofía de Unamuno» (1928) o las páginas dedicadas a Galdós —su gran ejemplo novelístico, junto a Pío Baroja—, conservan toda su vigencia y sus críticas a las observaciones de Ortega y Gasset sobre los argentinos, por ejemplo, muestran la amplitud de su información sobre el ensayo español, siempre con la libertad y la independencia que caracterizaron su personalidad.

Gálvez reivindicaba siempre su originalidad o mejor dicho, la prioridad con que planteaba los temas. Pero en lo que se refiere a sus ensayos sobre temas sociales, culturales y políticos, que constituyen un importante sector de su obra, junto a sus biografías, novelas y libros de recuerdos, no hay duda de que es deudor del ideario hispánico de su tiempo. Más aún, lo es con mayor amplitud que el mismo Rojas, pues como no aceptaba ninguna de las condenas aplicadas a los escritores llamados «reaccionarios», pudo tratar libremente de todos los autores y todas las ideas. Dejemos al margen, ahora, su formidable obra narrativa y vayamos a la influencia del ensayo español sobre otros aspectos de su pensamiento. La idea de que la Argentina debía recobrar su autenticidad aceptando el legado lingüístico y cultural español, el rescate de los valores del paisaje, la humanidad y la peculiaridad de regiones olvidadas, como lo había hecho «Azorín», la necesidad de restaurar un espiritualismo que superara el egoísmo y el materialismo de las clases dirigentes, la defensa, en fin, de la unidad hispanoamericana en torno a los valores de la lengua, la historia y los ideales tradicionales, no se podrían haber concebido fuera de la lección de un Maeztu, por ejemplo, pero el de la *Defensa de la hispanidad*.

Ortega y Gasset

La influencia del ensayismo español también se advierte en múltiples aspectos de la obra de Enrique Larreta, Arturo Capdevila, Carlos Ibarguren, Martín S. Noel y